

EL ECONOMISTA,

REVISTA DE ADMINISTRACION, ECONOMIA POLITICA Y JURISPRUDENCIA.

EMPLEADOS PUBLICOS.

Lo que en nuestros tiempos ha venido á conocerse bajo el dictado de empleo-manía, se reputa por todo el mundo, y con razon, como una de las principales causas de nuestros males y desgracias; como el origen fecundo de esos inmensos presupuestos que, absorviendo la riqueza de todos, ciegan las fuentes de la produccion y nos conducen de un modo rápido por la pendiente fatal de la bancarrota. Pero si todo el mundo considera al inmenso personal de nuestros funcionarios públicos como una úlcera corrosiva que acabará por inficionar el cuerpo social llevándole necesariamente á su disolucion, sin embargo pocos son los que se detienen á meditar en los perjuicios que de ello se siguen, limitándose únicamente á anatematizar el mal, porque creen que para satisfacer tantos y tantos sueldos hay que recurrir por fuerza á un presupuesto ruinoso, sin tener en cuenta de que tal vez lo menos malo de todo es precisamente lo que se cree mas nocivo.

La cifra de los presupuestos es verdad que afecta de un modo vivísimo la imaginacion de todo el mundo; nadie desconoce que las cantidades con que se cubren salen necesariamente de las clases útiles y productoras. Los hombres, ha dicho un célebre publicista inglés, pueden someterse fácilmente á un mal gobierno; pero solo con gran trabajo puede conseguirse el que lo paguen caro, y es porque los gobiernos caros obran de un modo fatal sobre la fortuna de todos, y arrancan despiadadamente el fruto del trabajo particular, sublevando contra sí á la inmensa mayoría de las clases productoras. Pero á pesar de esto los funcionarios públicos, no tanto son un mal en el pais donde su número es muy crecido por lo que consumen, cuanto por lo que dejan de producir; no tanto por lo que arranca el gobierno del bolsillo de las clases productoras para mantener ese ejército de langostas, como alguno ha dicho, sino porque esos hombres cuyos esfuerzos debieran ser un manantial fecundo de riqueza,

son arrebatados á la produccion, convirtiéndose en una plaga asoladora cien veces mas terrible y pernicioso que el *oidium tucheri*.

Y en efecto, las nociones mas elementales de la ciencia económica enseñan hoy á todo el mundo que no hay mas riqueza que el trabajo humano. Todos van aprendiendo ya que la naturaleza por sí á pesar de sus fuerzas productoras no crea valores de ninguna especie; los valores son el resultado del trabajo, y por lo mismo cuantos mas sean los que dediquen sus tareas á producirlos, mayor será la riqueza pública. Los pueblos mas ricos hoy son los que mas trabajan tambien. Inglaterra, Bélgica y la Suiza en el antiguo mundo, y los Estados de la Union en el nuevo, que son los pueblos mas trabajadores, son los pueblos donde hay tambien menos empleados y cuyos progresos van aumentando de un modo rudo, rápido y sorprendente.

Nosotros por el contrario, nos arrastramos con languidez por el camino de los adelantos; nosotros nos venimos agitando un dia y otro al través de mil y mil revoluciones y pronunciamientos, sin que encontremos al final de cada crisis otra cosa que una lamentable decepcion, un cruel desengaño; ¿y por qué sucede así? Porque cada una de esas convulsiones, cada una de esas peripecias cuyo objeto principal parece ser cortar el mal, viene degradingamente á empeorarlo. Así se esteriliza la fé de los pueblos; así vienen á caer en esa atonía en que hemos visto sumido al nuestro durante once años, siendo necesario para hacerle despertar los escandalos; despilfarros é inmoralidades de nuestros últimos ministros. Pero hé aquí que llegó un dia en que el pais vió agotarse el sufrimiento, y se lanzó animoso al combate, consiguiendo anonadar á los hombres que creyeron que la nacion tenia el deber de trabajar para ellos, haciendo una revolucion. ¿Será sin embargo la última? Nosotros lo dudamos; nosotros tenemos la persuasion de que nuestras agitaciones no han concluido, porque vemos hoy subsistir los mismos males que antes, el furor por

los empleos públicos, las aspiraciones á vivir del presupuesto del Estado, á costa de las clases productoras, y el deseo en muchos de salir de esa honrosa y benemérita clase para trasladarse á la de los que nada producen.

Y entre tanto el gobierno cuya mision no debiera ser otra mas que la de destruir un dia y otro tanta rueda inútil, rechazando tanto impudente parásito como le asedia para obtener un nombramiento que le dé el derecho á vivir á costa del Tesoro, se cuida muy poco ó nada de este punto vital, y su marcha es tortuosa, vacilante é incierta, porque los gritos y clamores de los que le asedian le tienen vuelto el juicio y han trastornado su razon. Asi los heroicos esfuerzos del pais, sus sacrificios y abnegacion, vendrán á ser estériles, y el mal continuará el mismo, si pronto, muy pronto no se procura acudir á poner un dique que lo contenga. Y lo peor de todo es que, por una fatalidad inconcebible, el origen del mal se encuentra en el mismo como es fácil de comprender.

La pesada carga de los impuestos, su exorbitancia y cuantía matando la produccion, han llevado á todas partes la miseria, y empobreciendo al propietario, al labrador y al comerciante, han hecho naturalmente resentirse de esa pobreza á todas las clases. Los que no encontraron medio de vivir ya por el producto de sus tareas, empezaron á mirar en torno de sí, y vieron que habia en el Estado una clase que con poco trabajo, y menos conocimientos (porque en España pocos creen que para servir al Estado se necesita saber), vivia de un modo cómodo y arreglado. Entonces el zapatero abandonó su industria para convertirse en funcionario público, el médico olvidó sus libros para dedicarse á *papiroplasta* (1); el abogado creyó que debia acudir al presupuesto tambien, para que de alli saliesen las sumas necesarias á cubrir sus necesidades, y merced á nuestras discordias civiles, á favor del nepotismo y del favor, pronto, muy pronto todos nos encontramos fuera de nuestro centro; nadie ocupó ya el lugar que le correspondia. Mientras que por una parte los mendigos del presupuesto iban creciendo de un modo rápido y desconsolador, por otra los brazos dedicados á la produccion y fomento de la riqueza, con cuyo auxilio se cubre ese pre-

(1). Asi denomina un amigo nuestro á los empleados inútiles.

supuesto, disminuian en escala ascendente; se aumentaban las necesidades, y se disminuian los medios de cubrirlas; el mal iba tomando formas colosales, y hoy lo encontramos en su mayor desarrollo.

Fuerza es cortarlo, y cortarlo de raiz. Si el ministerio se halla animado de verdadero patriotismo, no deje mas oficinas que aquellas que son precisas é indispensables para la direccion y despacho de los negocios públicos. Gobernar es administrar; pues bien, que formule ante todo un plan completo de administracion pública, en el que se supriman tantas oficinas inútiles, tantos empleados innecesarios. El sistema de interventores es un sistema desacreditado por el tiempo y la esperiencia, que solo conduce á aumentar el personal de los funcionarios. Que presente al pais ese proyecto, en el que deben desaparecer dos terceras partes de funcionarios, sin que por ello sufra la buena gestion de la cosa pública; que obligue á tantos y tantos como abandonaron sus oficios é industrias, en los que prestaban útiles servicios á que vuelvan á ellos, y el pais agraciado no podrá menos de bendecir sus nombres.

Para llegar á este punto, el gobierno necesita una energia de carácter inmensa, bien lo conocemos; pero se trata del bien del pais, se trata de asegurar el porvenir de 15 millones de hombres, y ante tan sagrados intereses toda debilidad es un crimen; cuando se carece de la energia necesaria para llenar una mision difícil, cual es la de cauterizar la gangrena de la empleomania, es mas fácil abandonar el puesto, que desempeñarla mal. No creemos que el gobierno, nacido en medio de la revolucion carezca de ella, y por lo mismo le conjuramos en nombre del pueblo, cuyos intereses les están encomendados, á que llamando asi todos los hombres de capacidad, se esfuerzen en plantear un plan administrativo y económico, en el que simplificando y descentralizando la marcha de los negocios públicos, queden suprimidas las dos terceras partes de los funcionarios que hoy existen. De este modo se conseguirán dos cosas importantísimas: rebajar el presupuesto de una cantidad enorme, y devolver á la produccion muchos millares de brazos que aumentarán la riqueza pública.

JUAN LOPEZ SOMALO.

BREVES REFLEXIONES

SOBRE LA PAZ, LOS CAMBIOS INTERNACIONALES Y LA UNIFORMIDAD DE MEDIDAS.

I.

No hay para el economista un espectáculo mas desconsolador que el de la incertidumbre en que vivimos de un año á esta parte, gracias, no á la indiferencia estúpida de los pueblos y los gobiernos hácia sus verdaderos intereses, porque nunca mostraron dos naciones poderosas como Francia é Inglaterra mas vivos deseos de conciliacion, sino á la falta de energía de esta comun conviccion: *La paz es la condicion suprema de todo desarrollo normal.*

La Europa está compuesta de naciones esencialmente industriales y comerciantes en diversos grados y por distintos títulos. Para ella la ley, la necesidad, es la produccion continua, el cambio no interrumpido. Siente y comprende muy bien que el sistema de la paz armada que practica hace mucho tiempo, es tan absurdo y oneroso como el sistema semi-protector que sostiene en desprecio de las sanas doctrinas de economía industrial. Vedla mientras tanto reducida á deplorar la ruptura de este equilibrio instable, y obligada á imponerse duros sacrificios para sostener esta paz, objeto de los deseos de todo el que produce y cambia.

Asi donde la economía de los intereses está de acuerdo, la política se desliza y falsea las nociones mas sagradas del derecho y de la justicia. La civilizacion debe aun una vez mas cubrirse el rostro, porque en desprecio de las ventajas positivas del concurso industrial, todos los gobiernos civilizados no han tenido el valor de sus nuevas convicciones, y no han declarado perentoriamente, con oportunidad y de un modo unánime, al menos avanzado de sus competidores en instituciones políticas y económicas, que las cuestiones de supremacía no podian ni debian resolverse por la conquista sino por la actividad productora y la libertad en los cambios.

En el siglo XIX no tenemos aun un derecho internacional positivo. Entre naciones que todas sufren y consienten la ley del trabajo, no hay aun garantías mútuas contra las tentativas que pueden turbar su desarrollo; y lo que debia ser negocio de todas, es aun propiedad esclusiva de

algunas, dominando la pasion política el interés colectivo.

¿Es por tanto un error mas funesto que la conquista bajo el doble punto de vista económico y político? La influencia de los Estados, ¿debe hoy medirse aun por el número de los soldados que pueden poner en pié de guerra, ó por el número de brazos que su industria puede emplear en la produccion? ¿Son los pesados cañones, las mortíferas armas de guerra, el siniestro producto de los arsenales los que deben atestiguar su poderío, ó mas bien sus máquinas maravillosas, dotadas por el hombre y para el hombre de la facultad de crear, animando sus talleres, sus robustas locomotoras, sus rápidos steamers, poniendo al alcance de todo el mundo los productos inventados por el genio del trabajo?....

Las rentas de la conquista las absorbe la conquista misma; la orgullosa metrópoli del pais vencedor se afana para guardar un instrumento de riqueza que en sus manos parece haber perdido toda su fecundidad. Inquietudes constantes, sacrificios renacientes siempre, absorcion rápida de los subsidios por el personal inquisidor, y los brazos armados que necesita mantener para conservar su ruinoso é incierto dominio, tales son sus resultados. — Los brazos que emplea en sus ejércitos no puede aplicarlos útilmente ni bastan á asegurar su conquista. Por el contrario; ¿dónde están los límites de un Estado que ha sabido apoderarse del mundo entero por la necesidad de sus productos? ¿Hay rentas mas seguras, tributos menos caros que los que pagan los pueblos subyugados por los pacíficos esfuerzos del libre cambio?

En este momento en que la Europa empeñada en inmensos trabajos necesita todos sus recursos para llevar á buen éxito su gran obra industrial; cuando la preocupacion del porvenir la ha arrojado á empresas que amortizan tantos capitales y hacen la circulacion suficiente á las presentes necesidades, ved el genio brutal de la fuerza que interviene y pretende aprovechar estas fecundas preocupaciones para asegurar el triunfo de la política vieja de hace cien años.

Toda esta generosa actividad que prometia dotar al porvenir de tan poderosos medios de accion, ha sido interrumpida súbitamente; una violenta y funesta distraccion se ha impreso en el ánimo de todos; la inquietud ha paralizado todos los proyectos y helado todas las concepciones. Los

capitales tímidos abandonan las empresas de tardios resultados; los que conservan alguna audacia se separan del buen camino y se arrojan en las especulaciones de Bolsa, donde solo aprovechan las incertidumbres y la ansiedad públicas. Las empresas industriales no valen mas por sus eficaces resultados sino por los riesgos que ofrecen sus eventuales ganancias. La propiedad inmueble sufre una depreciación injusta. A medida que baja el crédito de los descuentos útiles, se eleva el de los préstamos estériles. Todo parece provocar una crisis, que desde hace un año amenaza la Europa entera, y no ha podido salir de esta solidaridad de resultados desastrosos una resolución unánime que hiciese impotentes los resultados de la ambición.

Se ha colocado en el terreno de la política, y esta es la causa de que sea imposible un acuerdo. Si se le hubiese colocado sobre el de la economía, la solución hubiera sido pronta y la paz hubiese recibido una consagración que hubiera sido fecunda en consecuencias felices para la prosperidad general, el desarrollo del bienestar y la multiplicación de los cambios internacionales.

La estadística de cada pueblo muestra una progresión rápida en las importaciones y exportaciones; por todas partes se acaban, se estudian ó se empiezan las grandes vías de comunicación que deben acortar las distancias, crear nuevos mercados, desarrollar las industrias en germen, premiar los esfuerzos del trabajo y estrechar los lazos de una unión cordial. Esta es la paz, la civilización, la libertad, que estiende su rocío sobre el mundo; cada día añade una malla á la red que como dice el evangelio *debe pescar los hombres*.

¿Podrá una mano bárbara romper esta armonía naciente, producto de tan laboriosos esfuerzos, y la humanidad no se alzar4 para rechazar el sacrilegio?...

Que se examine lo que pasa á nuestro alrededor y podrán apreciarse los enormes sacrificios que se imponen las naciones ante esta amenaza de perturbación universal. No hay pueblo alguno por pequeño que sea, que no se crea obligado á aumentar sus fuerzas militares y á consumir enormes capitales en preparar un ruinoso material de guerra. No hay ministro de Hacienda que no aumente la cifra de sus obligaciones para hacer frente á esta sobria eventualidad. ¡Cuántos brazos y capitales arrebatados á la industria, á la agricultura, al comercio y á la marina! La cifra

de estos gastos está lejos de formar sin embargo el total de las pérdidas que cada país debe inscribir en su registro, y es preciso añadirle aun todas las riquezas que podrian salir de una aplicación útil de tantos recursos estérilmente empleados.

Si la paz, si una paz durable debiese salir al menos de este conflicto, y un desarme general fuese el resultado de estos sacrificios y de estos gastos; pero lejos de encontrarse sobre el terreno de sus intereses comunes, los pueblos van á encontrarse sobre el de las pasiones políticas, donde todo es arbitrario, donde lo que en un país es verdad viene á ser mentira mas allá de sus fronteras. Fácil hubiese sido sin embargo proponer la cuestión de los intereses de la producción y de los cambios, y todas las condiciones de acuerdo y reciprocidad que de ellas se derivan.

Por todas partes empezaba á mostrarse el mismo afán por el desarrollo industrial y comercial; ya los capitales no tenían patria; la comandita entre pueblos rivales se practicaba sin pensar en ello. El interés bien entendido hacia por la unidad del progreso lo que no habian podido hacer las predicaciones mas acaloradas de los filósofos, los sábios consejos de la economía política. La ciencia se dedicaba á aplicaciones útiles; cada capital preparaba en su seno una exposición universal, y meditaba un llamamiento á las generosas rivalidades de la industria. Bien pronto cautivada por estas luchas gloriosas y fecundas la Europa se hubiera mostrado refractaria á las sugerencias de los políticos opresores, y unánime para rechazar sus agresiones.

De este pacífico debate hubiera salido la superioridad relativa, dominante de cada país, en tal ó cual ramo de productos naturales, de las artes liberales ó industriales, y la libertad del cambio se hubiera sancionado.

Mucho mas alto que las querellas dinásticas, las antipatías de razas, los odios y las preocupaciones nacionales, se hubiesen venido á colocar la necesidad del trabajo, la necesidad de los productos que solo la civilización puede crear; en cincuenta años de una actividad increíble y prodigiosa, han hecho mas para la unión de los pueblos; que las enseñanzas filosóficas y religiosas en las que frecuentemente el espíritu se encuentra esterilizado por la letra. Es preciso pedir al espíritu de unión que conjure las divisiones, en vez de dirigirse á lo que las provoca. No era á dos ó á cuatro naciones; á quienes era preciso apelar

para una conferencia, sino á todas las que producen y cambian, y á las que la paz es necesaria é indispensable. De este congreso de la paz hubiera salido esa liga pacífica, esa seguridad mútua contra la guerra cuya necesidad ha invocado y demostrado con tanta frecuencia un eminente publicista.

Ya lo veo; la preocupacion general me domina, y no puedo desviar mi imaginacion de ese nudo de todas las dificultades presentes, y me pongo á filosofar en nombre de la economía política. Es que en efecto, esta preocupacion subordina todos los estudios. ¿Cómo hablar de progresos que reclaman el concurso universal, el asenso de la razon general, cuando todos los lazos que unen los pueblos parecen prontos á romperse? Yo queria hablar de una cuestion modesta que interesa, no obstante, demasiado á las transacciones internacionales; de una cuestion que podria resolver entre otras un congreso comercial europeo, sin pretender arreglar los destinos de los pueblos, sino simplemente buscar los medios de facilitar los asuntos comerciales, y de hacer mas prontas, mas seguras las relaciones y los cambios.

De cualquier modo, no por eso dejaré de concluir: las consideraciones que preceden, son el adorno sublime de una cuestion, de la que solo voy á examinar un pequeño fragmento.

II.

¿Sabeis qué es lo que hay mas funesto para las grandes ideas?—Pues es su sencillez, su incontestable y comun utilidad. Una idea que no encuentra contradiccion es una idea muerta. Todo el mundo le quita el sombrero cuando pasa, de la misma manera que cuando se encuentra un comboy fúnebre; pero pagada esta deuda, rendido este homenaje nadie se acuerda de ella: está enterrada.

Las verdades de sentido comun, si me es permitido decirlo asi, son siempre las últimas en apoderarse de los espíritus porque nunca apasionan. El hombre es por todas partes el mismo, en negocios como en política, no se esfuerza sino ante el obstáculo y los bienes que mas aprecia son aquellos que mas se le disputan.

Esto parece lógico, y en efecto esta organizacion que llama la lucha responde á las miras de la Providencia; pero no es menos cierto que en materia de reformas los hombres aspiran en úl-

timo término á aquellas cerca de las cuales se encontrarían todos de acuerdo.

Por ejemplo: preguntad al primero que encontréis si hay cosa mas absurda que esa infinita variedad de medidas de longitud, ponderables, de capacidad, de cambios, de valores monetarios, etc., entre pueblos que están en continuas relaciones de comercio, y sin duda os responderá:—Teneis razon: nada favorece el fraude, perjudica á la lealtad, á la rapidez de las transacciones como esta desemejanza ilógica de signos puramente convencionales y de costumbres que deben concurrir al mismo objeto. Seria infinitamente mas sábio determinar un modo único de medida, un tipo único de valor en las monedas, una redaccion uniforme de las cláusulas principales de las compras y de las ventas etc.

El tiempo es dinero, dicen los ingleses. Confesemos francamente, naciones civilizadas, que si no comprendemos bien esta economía es porque esta verdad ha quedado admitida como un axioma.

En materia de negocio y de banca hay las costumbres de la plaza, como otras veces habia en derecho civil y criminal las costumbres provinciales, intrincado laberinto que daba lugar á las mas estrañas interpretaciones.

Todo esto se justifica y sostiene por la costumbre. La lógica no tiene nada que ver en ello, se dice, y sin embargo, ¿hay nada que se necesite mas que los intereses?—En estos es sobre todas las cosas donde el rigor es necesario. Cualquiera que puede abrazar con seguridad todas las condiciones de una transaccion, no debe quejarse de su resultado, menos cuando hay ambigüedad en el cambio mas fácilmente renovado, reglado y concluido. ¿Y no es este el fin de la economía industrial?

Nuestro comercio es mulo de reata; su prudencia puede en buena lógica tacharse de indecision y timidez. ¿Puede obrar de otro modo cuando el terreno de las negociaciones es tan complicado? ¿Qué resultaria? Que en un hombre emprendedor encontraria con facilidad el vestido de un quebrado, y todo se junta para hacer mas complicado y difícil lo que deberia ser tan exacto como la regla de tres.

Hoy hablamos de unidad de medidas, de unidad monetaria, y nadie contradice la necesidad; todos al menos confiesan su utilidad. ¿Es imposible pues realizarlo, ó es que la rutina es

mas poderosa que la comun ventaja?—Sin duda bastaria intentarlo para conseguirlo; pero es preciso empezar.

Hay tantas preocupaciones contra ello! podrá decirse. — Pero el mejor medio de salir de las complicaciones, ¿no es el de simplificar los terminos mismos de las relaciones?

— Los negociantes mas entendidos son aquellos que estienden el círculo de sus negocios y multiplican sus relaciones con el extranjero. — Decid: estos elgidos, á cualquier nacion que pertenezcan, ¿no aplaudirán respecto de los cambios todo lo que les facilite su comercio?

En todas partes se hace sufrir modificacion á los valores; no se teme quebrantar los usos, romper con las costumbres del comercio y de la industria. Hoy se experimentan vivas inquietudes con motivo de las variaciones que pueden sufrir los signos del cambio por consecuencia del descubrimiento de nuevos criaderos de metales preciosos y de su abundancia en el mercado. ¿Por qué cuando se tratase de dar una garantía universal á lo que solo la tiene muy pequeña, se habian de encontrar absurdas resistencias?

Sin duda, plantear la cuestion es resolverla. — Poco importa en efecto bajo el punto de vista comercial que tal tipo se prefiera á tal otro con tal que las convenciones internacionales aseguren su comun adopcion y que la uniformidad se establezca en este punto. Si la ciencia reclama en favor de tal tipo de medida ó peso, resuélvase pronto la cuestion. La sencillez es aquí la ley y la adopcion general la ventaja. La ciencia no tiene patria, es universal y cosmopolita; las leyes que dicta pueden adoptarse sin temor; las verdades generales que proclama no pueden contradecirse, porque son el fundamento de la razon general. El sistema decimal es el que se presta mejor al cálculo, y por lo mismo el preferible. ¿Qué importa que tal ó cual pais le haya adoptado antes que otro?

¿Hay cosa mas estraña que ver la moneda desaparecer repentinamente en un pais, faltar á las necesidades de la circulacion, porque ofrece ventajas su desmonetizacion, y tomar brúscamente como mercancía un valor de circunstancias en detrimento de su valor permanente y de los servicios que prestaba con semejante título?

¿Hay cosa mas incómoda para el viajero y el negociante que esta obligacion del cambio, estas pérdidas sin compensacion, estas dificultades de

evaluacion y de adquisicion directa que entorpecen ó dificultan tantos negocios cuya conclusion rápida hubiera tenido tan felices consecuencias? ¿Por qué recargar la memoria de obligaciones incalculables, cuando hay tanto que aprender? Esto no es ciertamente mas que una cifra insignificante que hace malgastar el tiempo para llegar á la apreciacion directa de cálculos que debieran ser claros y terminantes á primera vista.

¿Las costumbres de las plazas en las negociaciones de efectos no ejercen una perjudicial influencia en la circulacion, y no se oponen al contratamiento pronto y decisivo de una multitud de operaciones comerciales? ¿No ponen á los comerciantes á merced de algunas casas de banca, que hacen con frecuencia un uso abusivo de sus privilegios de posicion y de relaciones? Verdad es, se dirá, que estos sacrificios se compensan; pero es para el intermediario, no para el consumidor.

Si el comercio quisiera... — Pero él querrá; la marcha es fácil: que los negociantes se entiendan para saturar las juntas de comercio de la necesidad de esta cuestion, de la unidad de la medida material, y de la unidad de la evaluacion monetaria. Estimuladas vivamente, y puestas en marcha, saldrán de su apatía ordinaria, y llamarán la atencion de los gobiernos sobre tan importante cuestion. No hay que temer la oposicion de nadie; la medida será universalmente popular; la ciencia propiamente dicha, y la ciencia económica, le prestarán su apoyo. Un congreso, una conferencia internacional para dar un nombre modesto á la cosa, reunido con este objeto, seria secundado poderosamente por el interés general, y habríamos dado un paso hácia un fin tan deseado: dar á la paz nuevas garantías creando entre las naciones nuevos vínculos y condiciones mas razonables y equitativas en los cambios.

Ya hemos entrado en esta via; los tratados postales, los reglamentos entre las ferradas-vias etc., nos la han abierto..... Desgraciadamente todo esto se hace sin unidad de plan, y no produce mas que una pequeña parte de los frutos que debia producir.

Hemos hablado de las juntas de comercio, y nos preguntamos en verdad, si han comprendido bien su mision, si la han emprendido con seriedad. ¿Las juntas de comercio, tienen vida propia en nuestro pais? ¿No parecen una desmembracion sin importancia de la administracion general, una quinta rueda añadida á una carroza,

como diria el buen sentido del pueblo? Tienen aun sus registros de chancilleria, á pesar de que es notorio el que sufren con harta frecuencia el flujo y el reflujo de las agitaciones políticas, y que espresan, no los datos positivos, sino las apreciaciones de agentes medio comerciantes, medio diplomáticos, sujetos á frecuentes cambios, á continuas mutaciones. ¿Tienen para interesar en su fomento y en su accion á la inmensa mayoría de negociantes, ó para crearse una existencia independiente, los datos necesarios de comprobacion, de estadística, de registro que pueden servir para los cálculos de la ciencia económica? Reciben una publicidad capaz de obrar de una manera útil, y de imprimir una direccion fecunda á las empresas del comercio, á los esfuerzos de la industria?

— Cuando las cuestiones de paz y de guerra europea se agitan, su titulo y su influencia serian útiles, si hubiesen ocupado su lugar. ¡Qué parte tan preciosa pudieran haber tomado respecto de la opinion pública!

Este punto mereceria un estudio especial; pero por ello, ¿deberemos renunciar á manifestar nuestro sentimiento, al ver que gracias á esta apatía las cuestiones de utilidad internacional, son aun del dominio de la utopia?

¡Qué inmenso campo habria que recorrer! ¡Cuánto se podria hacer allí! Veo en Europa á los gobiernos que se llaman ilustrados, afanarse en una tarea deplorable, cual es la de ahogar el espíritu de las nacionalidades, en comprimir sus arranques, y borrar sus tradiciones. Su estéril y odiosa ocupacion, me recuerda el Sísifo de la fábula y su roca; y sin embargo, les seria muy fácil unirlos por medio de vínculos inalterables, asegurándoles los mismos intereses, los mismos derechos civiles, políticos, industriales y comerciales.

¡Cuántas mejoras se podrian hacer en esta estension de relaciones internacionales tan irracionalmente organizadas hoy! Cosa estraña: ved la Europa conmovida porque la política personal de un monarca, sueña en la estension de su imperio; cuyas diversas partes tienen apenas entre sí, una comunicacion regular. No es la exuberancia de poblacion la que impele á este pueblo semi-bárbaro á la invasion; apenas cubre una parte del vasto pais que ocupa, y no sabe explotar las riquezas que contiene. ¿Qué pide?—Salida para los productos que aun no existen; recursos nuevos, cuando bastaria el que ofreciese alguna ga-

rantía á los capitales y á la industria de Europa, para que trasformasen esa naturaleza desolada, y modificasen hasta la inclemencia de su clima.

Lo que en vano intenta la fuerza, la libertad de comercio, el respeto á la propiedad y á la individualidad del hombre, bastarian á crearlo en medio de los aplausos del mundo, sublevado hoy, por sus injustas pretensiones.

¡Ciencia! ¡Ciencia! ¿No llegará nunca tu reinado?

EDUARDO HERVÉ.

(Traduccion.)

SOCIEDAD DE ECONOMIA POLITICA.

REUNION DEL 7 DE JULIO, PRESIDENCIA DE MR. HORACIO SAY.

¿Es conveniente que la autoridad pública procure mantener la confianza de los pueblos respecto de las cosechas?—¿Cómo puede conocerse la utilidad de los intermediarios en la industria?

— Al abrirse la sesion sus miembros se han ocupado de la calidad de las cosechas y de la influencia de las lluvias continuas que hace cerca de dos meses caen en algunos departamentos, especialmente del Norte, y aun en el radio de París. Con este objeto un individuo recuerda la opinion emitida recientemente en el parlamento piamontés por M. Cavour, presidente del consejo, y de la que han dado cuenta los diarios de la mañana. Respondiendo M. Cavour á una interpelacion sobre la carestía de granos, ha dado en la sesion del 30 de junio esplicaciones muy seguras sobre las cosechas del Piamonte, las Dos-Sicilias y la Francia meridional, las cuales le parece deben suplir con abundancia en su pais el déficit que ha de producir el estado del mar Negro, con tanta mas razon, cuanto que la cosecha del maiz ofrece ser abundante.

Con este motivo M. Dupuit, ingeniero en jefe de la ciudad de París, promueve una cuestion que viene á ser objeto de la conversacion general.

M. Dupuit pregunta, si cuando pueda temerse la carestía de granos y su elevacion de precio para el porvenir como consecuencia necesaria, es bueno, es decir ventajoso para el público que la autoridad mas ó menos bien impuesta por la administracion, intervenga á fin de tranquilizar á las poblaciones. En general los gobiernos tienden siempre á decir que la cosecha es buena; y M. Dupuit cree que cuando esto no es exacto, semejante exageracion produce realmente mas males que bienes. En efecto, la seguridad de una cosecha suficiente produce una baja en el precio, y por consiguiente un aumento de consumo, á lo que bien pronto sigue una reaccion en sentido inverso. Las poblaciones no tardan en pagar con la carestía y el sufrimiento la falsa seguridad que se les ha dado.

Si los gobiernos pudieran conocer la verdad exacta,